

La construcción de la laicidad en la sociedad española

La necesaria deconstrucción

Joaquín García Roca*

Las condiciones actuales de la vida colectiva española plantean la necesidad de reconstruir el mapa conceptual de la laicidad ante las nuevas situaciones sociopolíticas y culturales, que afectan al mundo laboral, al mundo educativo, a los servicios públicos, a los hospitales...

La arquitectura de la laicidad se sostiene sobre tres pilares con sus respectivos dispositivos. Un eje se enraíza en el ámbito antropológico y se despliega como libertad de decisión en la esfera de las convicciones, creencias y motivaciones; postula la autoridad última de la conciencia y la *emancipación del individuo* por encima de las tradiciones coactivas y dogmáticas. Un segundo pilar se enraíza en el ámbito político y alude al *surgimiento del espacio público* que se encomienda al Estado Moderno y a las relaciones entre el poder político y las comunidades religiosas que se articulan mediante la libertad religiosa; postula una relación que se despliega en reconocimiento mutuo, respeto recíproco y estructuras de diálogo, colaboración o confrontación. El tercer pilar se enraíza en el ámbito social y alude a *la configuración plural de la sociedad civil* con existencia de minorías culturales que conviven en una sociedad multicultural y multiétnica; postula la capacidad real de elegir el modo de vida propio en el interior de opciones plurales.

En su interior existen tres cuestiones diferentes. En primer lugar, hay una cuestión antropológica que se sustancia en la llamada *cultura laica* como un modo de sentir e interpretar la realidad, que se arraiga en códigos morales. En segundo lugar, hay una cuestión política que se sustancia en el *principio de laicidad* que alude a un modo de gestión y a una forma de ser Estado, que reconoce su incompetencia para imponer valores a la población. Y en tercer lugar, dado que no basta un "mero reconocimiento de incompetencia del Estado", hay un *proyecto de sociedad civil*, que con-

* Universidad de Valencia.

nota la voluntad de promover la diversidad mediante el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas.

La laicidad es a la vez un proceso cultural, un proceso político y un proceso social. Es el resultado de un triple parto: nace *culturalmente* como reconocimiento de la autonomía de la persona, que se apropia de su destino y decide desde sí misma; nace *políticamente* como reacción a todo monopolio de poder, mediante la diferenciación de esferas que se limitan mutuamente y nace *socialmente* como un proceso de pluralización que ha convertido la geografía de lo social en un mosaico en el cual interactúan sus piezas. En consecuencia, la laicidad es simultáneamente una propiedad, que caracteriza una forma de ser humano; una característica que cualifica un modo concreto de ejercer el poder y una forma de sociedad, que promueve un modo plural de vivir juntos.

La laicidad promueve y protege la autoridad de la conciencia, la libertad religiosa y la diversidad cultural. Y por lo mismo se opone a la imposición de una única religión, ideología o pensamiento que alguien no elige. En segundo lugar se opone a la intromisión, colonización o dependencia entre los Estados y las Iglesias. Se opone en tercer lugar, a la exclusión basada en el modo de vida, en elementos étnicos, raciales, sexuales o religiosos.

El llamado "laicismo" no es el único ni el principal enemigo de la laicidad, sus enemigos se solapan en cada una de las versiones: el dogmatismo, que impone pautas "desde fuera";

Recurrir al concepto tradicional de laicidad no soluciona la cuestión hoy; se exigen nuevos enfoques culturales, políticos y sociales

autoritario e incontrolado; y la uniformidad social que impone la hegemonía de una cultura, religión o ideología. El problema de la laicidad no es primariamente el laicismo, como se pretende en muchos círculos políticos y eclesiásticos, sino las versiones que hoy le sitúan en tres grandes encrucijadas: la versión posburguesa frente a la versión burguesa de la laicidad, la laicidad posliberal frente a la laicidad liberal y la laicidad multicultural frente a la laicidad intercultural. Hay una laicidad que se ha construido con materiales de la primera ilustración (llamaremos laicidad burguesa), con materiales de la ideología neoliberal (llamaremos laicidad liberal) y con materiales del multiculturalismo (llamaremos laicidad multicultural). ¿Es la única versión posible? ¿Es posible de-construirla?

La implementación de la laicidad exige una nueva concepción de la laicidad. Los debates actuales sobre la laicidad siguen centrados en gran medida en el reparto de poderes entre dos instituciones –Iglesia y Estado– y dejan de lado tanto la libertad de conciencia como la promoción de la libertad cultural. Recurrir al concepto tradicional de laicidad no soluciona la cuestión hoy, se exigen nuevos enfoques.

La producción de una nueva laicidad ha despertado todos los fantasmas del subconsciente colectivo español, sin que sepamos bien si es a causa de la laicidad o a causa de sus adherencias burguesas, liberal o multicultural.

Es curioso advertir que la cuestión de la laicidad no se había planteado en las legislaturas del Partido Popular; nace con motivo de la propuesta

sobre la "asignatura de la religión en la escuela" que presenta el gobierno socialista, antes incluso de desarrollar las medidas legislativas de carácter presuntamente moral anunciadas en su programa electoral. Esta circunstancia desautoriza dos tipos de razones que se esgrimen en el debate actual; la laicidad, dicen, se plantea ahora por una presunta "politización de valores, estilos de vida, aspectos culturales y éticos que abocan a la confrontación entre Iglesia-Gobierno socialista" y la otra razón le atribuye a la laicidad una presunta coartada ya que "la confrontación con la Iglesia le sirve al Partido Socialista como alivio y descarga de su impotencia en los aspectos socioeconómicos. Si en la economía no se puede mover un dedo, movamos toda la mano en las cuestiones morales"¹.

Aceptar estas dos razones significaría conceder el absurdo de que los valores proclamados por el Gobierno del Partido Popular sobre estilos de vida, tolerancia, inmigraciones, cuestiones de género, etcétera, eran más conformes con la doctrina de la Iglesia que los del actual Gobierno, o que los resultados económicos de la etapa popular eran más favorables a los que están peor situados: diagnóstico realizado a los tres meses de llegar al poder. Las declaraciones del portavoz de la Conferencia Episcopal Española al prometer la paz religiosa y una tregua contra el Gobierno socialista si se reconoce la asignatura de la religión en el sistema educativo, no dan lugar a dudas. Más allá de una cuestión de valores hay sobre todo una cuestión de poder que debe dirimirse en el ámbito estrictamente político.

Son variadas las formas en que se apropia la laicidad en cada campo de la realidad social hasta configurarse como algo funcional a la consolidación del sujeto burgués, como algo funcional a la ideología neo-liberal y como algo funcional al multiculturalismo.

Si en cada adjetivo de la laicidad se ha producido una dimisión de la laicidad, ¿es posible desandar el camino para que recupere su energía social y su sentido liberador? A lo largo del siglo XIX y del XX, el laicismo tuvo que despojarse de connotaciones que no le eran intrínsecas, especialmente de su anticlericalismo y antirreligiosidad, que no servían para reconocer el primado de la persona ni la autoridad de la conciencia, ni para fortalecer la separación entre Iglesia y Estado y ni siquiera para promover la virtud de la tolerancia como virtud cívica. Del mismo modo, ahora corresponde librarse de su contaminación burguesa, liberal y multicultural; sólo una laicidad posburguesa, posliberal e intercultural podrá ser un potencial para construir una sociedad más humana, justa y participativa.

1 Ambas razones se aducen en el pliego de *Vida Nueva* del 18 de Diciembre (2004) sobre "Guerras de Laicidad, El laicismo en España" firmado por José María MARDONES: "Cuando un partido como el socialista no puede presentar prácticamente muchos gestos ni novedades en el ámbito estrictamente económico se produce una estrategia de desplazamiento y enmascaramiento de las cuestiones socioeconómicas mediante un izquierdismo cultural" (sic) "En España, la confrontación Iglesia-Gobierno socialista también refleja la politización de las cuestiones de valores, de estilo de vida y, en definitiva, de aspectos culturales y éticos. Vida y muerte, gentecología, inmigración, tolerancia, cuestiones de género, etcétera, son asuntos que se han politizado".

I. LA CONSTRUCCION POSBURGUESA DE LA LAICIDAD

En primera instancia, la laicidad se despliega como un modo de ser humano, primado del sujeto, autoridad última de la conciencia y rechazo del autoritarismo. La laicidad es un antídoto frente al absolutismo, frente a la condición de súbdito y frente al peso irracional de las tradiciones.

El primado del sujeto

La laicidad, en el ámbito antropológico, tiene al sujeto humano como referente y alude al modo de garantizar la autonomía de la conciencia, proteger la libertad de creer o no creer y expresar o practicar una fe de forma libre y pacífica; se asienta sobre una representación de la persona entendida como fundamento de los valores: allí donde la persona no es capaz de crear valores por sí misma o de reconocerlos como competencia propia, no existe laicidad, ya que ésta alude a la capacidad de autogobernarse que tiene el ser humano frente a todo intento de convertirle en una realidad dominada. Reconocer la primacía del sujeto significa afirmar la primacía de los derechos individuales frente a las convicciones colectivas.

Si en las sociedades tradicionales la religión precede al individuo y se le impone desde el exterior, en la cultura laica la libertad ocupa la jerarquía en la escala de los valores. La laicidad significa, en esta primera dimensión, voluntad de defender la autonomía ante el abuso del más fuerte o ante el sometimiento a una hegemonía cultural o ideológica.

En el contexto actual asistimos a un creciente y positivo proceso de individualización; cada vez más, el individuo se siente facultado para elegir pareja, decidir su propio credo, optar por alargar o no su vida, elegir el trabajo que desea desempeñar... y todo ello sostenido por la autoridad de la propia conciencia y por el ejercicio de la responsabilidad personal. Por esta autoridad se rechazan matrimonios impuestos por los padres, se rechazan profesiones impuestas por el mercado de trabajo, se rechazan propuestas morales proclamadas desde los púlpitos. Gracias al principio de laicidad se ha socializado algo tan católico como la autoridad de la conciencia, como último referente de los valores morales.

La laicidad es el reconocimiento del valor de la conciencia por encima de cualquier otro bien, incluso del bien más sublime. Y aquí reside su dificultad mayor: comprender que la persona está por encima de cualquier otro valor. Amar la verdad sabiendo que como dijo Tagore "cuando llega la verdad, parece última su palabra; pero su palabra última da siempre a luz otra palabra". La palabra de la dignidad de la conciencia.

Finalmente, la laicidad, en el ámbito antropológico, significa el surgimiento del sujeto de derechos. Como enfatiza el *Manifiesto de Barcelona por la Laicidad* (julio 2002), "hay un derecho a la autodeterminación del individuo como sujeto de derecho, con el fin de evitar el sometimiento de las conciencias individuales a los prejuicios comunitaristas y a las presiones dogmáticas de cualquier signo".

Déficit de laicidad

En la actualidad española, la construcción de la laicidad se ve sometida a fuertes presiones que la obstaculizan y tiene que afrontar serios desafíos para convertirse en potencial emancipador.

Cuando la verdad desplaza al sujeto

Existe un déficit de laicidad allí donde, en nombre de fundamentos sólidos y verdaderos, se cree que los principios éticos están por encima de las personas. Con extremada ligereza se acusa de relativismo a toda posición que afirme lo que es el fundamento mismo de la responsabilidad moral; cualquier alusión a la conciencia se le atribuye a influencias protestantes² o a "componendas en materia de aborto, eutanasia, embriones o moral familiar".

La tradición cristiana, para ganar aquello que ahora critican algunos santones, necesitó de todo un concilio (Vaticano II) para desactivar la tesis de que sólo la verdad tiene derechos. Después de muchos siglos de hablar de los derechos de la verdad, nació la convicción de que sólo la persona es portadora de derechos. En consecuencia, la verdad no puede imponerse por la fuerza ni podrá justificarse ningún tipo de fundamentalismo, sino que la tolerancia es la forma humana de la verdad; y, por otra parte, cabe una moral autónoma para el gobierno de la sociedad. Unas declaraciones de una madre hace unos días indican hasta qué punto estamos lejos de conquistar esta convicción: decía que prefería a su hijo muerto que descarriado o en el mundo de las drogas. Siempre la idea por encima del ser humano. Y ya se sabe, cuando las ideas están por encima de las personas, se genera el terror, la inquisición, el holocausto o el asesinato.

La última versión de este desplazamiento se ha producido en el debate sobre el Plan Ibarretxe en el Congreso de los Diputados. Hemos asistido a la exaltación de un nuevo ídolo: la ley. Todos los diputados se sentían legitimados para criticar los mitos de los orígenes, lo cual puede considerarse un buen ejercicio de laicidad. Pero curiosamente se detenía la razón al llegar a la ley. El positivismo de la ley resulta con frecuencia una dejación de la razón y en consecuencia un déficit de laicidad.

Cuando la subjetividad se convierte en verdad

Cuando se diluye la verdad en el "todo vale", se impide el reconocimiento de valores morales, lo cual es funcional a la política neoliberal. La laicidad burguesa destruye las estructuras colectivas con el fin de entronizar lo individual. La sociedad ideal es la que está formada por individuos aislados, dueños de las cosas y de los otros. En el supermercado, la libertad es el poder de un sujeto sobre las mercancías disponibles; la libertad consiste en tener dominio sobre las cosas. Cuando puedo comprar lo que

² Puede verse el comentario de *Vida Nueva* (nº 2454, 1-8 enero, 2005, pg. 12) al Manifiesto "Iglesia y sociedad en la actual situación española" (Cf. *Frontera*, nº 33, p. 87) elaborado por un grupo de sacerdotes valencianos.

quiero, soy libre aunque nadie me conozca y la cajera ni siquiera me mire a los ojos. La libertad es, entonces, la opción individual, que me permite adueñarme y poseer un objeto. En este discurso, la libertad es una función de la propiedad y la autonomía personal es una función del dinero.

Allí donde se consagra el principio de individualización frente a los modos de existencia comunitaria, los grandes productores de exclusión son los mecanismos que atomizan y fragmentan el cuerpo social. Cuando se debilita lo colectivo y el valor de estar juntos, los sujetos frágiles no pueden resistir al furor económico, ni a la prepotencia del poder ni a los egoísmos corporativos. Entonces la cultura burguesa antepone el mérito individual a la colaboración, la competencia a la cooperación y el éxito personal a la tarea compartida. Algunos llamarán a esto laicidad.

Al subrayar la subjetividad como fundamento de los valores, se debilita algo sustancial que caracteriza a la persona: todo aquello que le precede y le excede en la medida que le convierte en portadora de valores colectivos, que la exceden. ¿Qué significa la denuncia de los "prejuicios comunitaristas" en el Manifiesto de Barcelona por la Laicidad? La laicidad burguesa propende más a afirmar la singularidad y la independencia que la vinculación y el arraigo. Sin embargo, la singularidad de un sujeto es inseparable de su vinculación. Hay una laicidad que se sostiene sobre la *ruptura de la vinculación* y la quiebra del ecosistema humano. Es aquella que se convierte en fin en sí mismo y viene a sustituir la pasión por la justicia. Entonces interesa más la emancipación que la liberación; más la libertad formal que la igualdad.

Con frecuencia, la laicidad burguesa consagra la libertad del individuo posesivo, que domina la cultura como una mercancía en el espacio de un mercado libre de productos culturales en un mundo concebido como supermercado³. Las culturas son meros productos que se toman y se dejan a discreción. Asistimos de este modo a la banalización de las culturas⁴. El velo, que cubre la cabeza de la niña musulmana, no es un simple "prejuicio comunitarista" ni se puede comparar a la minifalda que se elige como un producto de consumo, no es algo que se pone o se deja, es algo más; es una cualidad de esa persona, que marca su pertenencia a una historia: la niña sin velo puede sentirse disminuida en su propia identidad.

La laicidad posburguesa

Hay que desandar la producción de la laicidad, que se ha hermanado con el *sujeto* burgués, conquistador y autosuficiente, y compromete la *percepción del otro*, que deja de ser un colaborador para convertirse en un *competidor*; compromete la libertad que deja de ser una función de las capacidades para ser una función de la propiedad. Compromete la *finali-*

3 BARCELLONA, P. *Le passioni negate. Globalismo e diritti umani*. Città aperta Ed. Roma 2001. ID. *La strategia dell'anima*. Città aperta Ed. Roma 2001.

4 MARTÍN, H-P. SCHUMANN, H. *La trappola della globalizzazione. L'attacco alla democrazia e al benessere*. Raetia, Bolzano 1997.

dad misma de las políticas, que abandona a los débiles y vulnerables para ocuparse sólo de las clases medias votantes.

Frente a la laicidad burguesa, nace otra laicidad posburguesa que asume tres adquisiciones básicas: proteger derechos individuales y respetar la autonomía de la conciencia, pero intenta recrear la vinculación como parte del ecosistema humano y la existencia comunitaria como oportunidad para los humanos.

Recrear la vinculación y el límite

La laicidad posburguesa estima también la vinculación de la libertad y la reviste del sentido de la modestia, del límite y de la vinculación. Las tradiciones religiosas hacen un aporte sustantivo para esta tarea, ya que la libertad es siempre comunión y está arraigada por lo que le antecede y la posibilita. Para esta tarea, el cristianismo hace una aportación decisiva al secularizar la política. Al afirmar que el ser humano es simplemente humano, rechaza cualquier otro planteamiento étnico, confesional o tribal. Lo que une a los ciudadanos es su condición humana, que es algo previo a la condición de ciudadano. Ni siquiera es el contrato social lo que crea el vínculo fundamental, sino la pertenencia a lo humano. Al afirmar que los hombres no son dioses, arroja sobre la gestión política un grado tal de humildad y fragilidad que ayuda a autolimitarse. La humildad política, al decir de Fernando VIDAL, significa "saberse en todo momento un obrero de la Historia que tiene su medido tiempo, alguien en la cadena de la Historia que hace su obra y muere por su propia estructura material"⁵.

Frente a la laicidad burguesa, nace otra laicidad posburguesa que protege derechos individuales pero intenta recrear el ecosistema humano

Mientras la libertad burguesa se entiende a sí misma como principio y origen de sí misma y olvida que hay algo previo de lo que siempre dependemos, la libertad posburguesa entiende que nunca estamos por encima de las sabidurías que alimentan la historia y el tiempo, ni por encima del lenguaje. La sabiduría es siempre el domicilio de lo humano.

Sin esta sabiduría, que sabe de motivaciones, valores morales, sensibilidad, la laicidad degenera rápidamente en simple tecnocracia. El ser humano sólo existe en una comunidad, que se despliega en tradiciones y en modos de vida, que antecede a la libertad y posibilita la decisión. El sujeto está constituido por una tradición, que son modos de sentir, de amar, de esperar. Las pertenencias son tan esenciales como las decisiones. El sujeto no existe fuera de la comunidad, de la experiencia colectiva, de la sabiduría común donde se cultivan los valores personales y colectivos.

⁵ VIDAL, F., "M11M (Madrid once de marzo) cuando el acontecimiento espiritualiza la política" en *Sal Terrae*, nº 1.078, Marzo 2004, p.371.

Recrear el pensamiento utópico

Hay que desandar la identificación de la laicidad con un proyecto de modernidad burguesa que nos ha dejado sin aliento para otros menesteres. La laicidad posburguesa está permanentemente en estado de superación de sí misma. Con frecuencia la laicidad sirve para consagrar los aspectos más pragmáticos de la realidad, que expulsa todo lo que significa utopía, deseo no colonizado por el mercado ni inducido por el sistema social existente. ¿Será posible que la laicidad genere algo más que ella misma? ¿O en su nombre renunciaremos a toda instancia de alteridad. La laicidad no es un valor absoluto sino una condición necesaria para construir una sociedad mejor.

No deja de ser curioso que la invocación de la laicidad haya desplazado el valor de la justicia, de la igualdad y de la solidaridad. Fue la contradicción interna del Programa 2000 del Partido socialista. Ser cada vez más laico solo tiene sentido si es camino hacia una sociedad más solidaria y es

Ser cada vez más laico sólo tiene sentido si es camino hacia una sociedad más solidaria y a la necesaria "lucha revolucionaria contra nosotros mismos"

evidente que las motivaciones laicas no siempre coinciden con las motivaciones más solidarias, y con frecuencia, coincide demasiado consigo misma hasta olvidar la necesaria "lucha revolucionaria contra nosotros mismos", que

proponía el teólogo J.B. Metz⁶. Cuando el individualismo posesivo es el horizonte de una determinada política que invoca la laicidad, ésta ha perdido su inocencia.

En la medida que la laicidad se convierte en fin en sí mismo, desplaza los valores y se convierte en la gestión del orden social existente. Y al final de este proceso acontece que la invocación a una cierta laicidad no es más que la desaparición de la utopía, la mística o la espiritualidad de la cultura de la izquierda; de aquellos elementos que podrían regenerar permanentemente la política y poner obstáculos a su burocratización y a su tecnocratización⁷.

Recrear el modo de presencia de lo religioso

La afirmación laica de la autoridad de la conciencia no debilita la influencia de la religión en la vida social sino que aporta otro tipo de presencia que le es propia. No se trata tanto de hablar de una *pérdida de influencia*, sino de postular otro tipo de relevancia y significatividad social. Hay una influencia que está unida a medios fuertes y potentes, como ejercicio de poder. La nueva laicidad, por el contrario, vendrá por recuperar los medios débiles, por abrir la política "a las personas como acontecimientos singulares, a la escucha capaz de implicar cambios, la disposición de que el propio político no sea preso de su discurso sobre sí o sobre su doctrina política" (Fernando VIDAL).

6 METZ, J. B. *Más allá de la religión burguesa*, Sigueme, Salamanca 1982, pp.47-48.

7 DIAZ SALAZAR, R. *La izquierda y el cristianismo*, Taurus, Madrid 1998, pp.403-406.

II. LA CONSTRUCCIÓN POSLIBERAL DE LA LAICIDAD

La laicidad, en el ámbito político, alude al modo de relacionarse el Estado con los grupos confesionales y con las iglesias. El hecho decisivo es la presencia en el Estado-nación de grupos con identidades diversas, sean étnicas, religiosas, lingüísticas o de otro tipo. Postula, de este modo, el fin de la identidad cultural homogénea que ha sido el proyecto político dominante del siglo XX. En el interior de este proyecto, el laicismo significa la relación entre dos poderes homogéneos y pretendidamente simétricos: la Iglesia y el Estado. La laicidad es un modo de entender *la relación* entre las comunidades religiosas y los estados. La laicidad no sólo afecta al Estado, como propone Rafael Navarro Valls, sino a la relación misma entre Iglesia y Estado. "El punto de equilibrio es, para el Estado, la laicidad, y para las Iglesias, la independencia"⁸. Encontrar el equilibrio entre ambas es la tarea prioritaria en los comienzos del siglo XXI.

La laicidad, en esta segunda dimensión, consagra que el Estado Moderno ya no necesita legitimaciones religiosas y se opone al monopolio ideológico de una determinada filosofía o cultura que pretenda regir al Estado o a la sociedad; de este modo se crea "el derecho al espacio público" (Manifiesto de Barcelona por la Laicidad, 2002).

La laicidad propone el derecho a la libertad religiosa como principio para regir una relación adecuada entre Estado e Iglesia. Se propone de este modo que el Estado supere la tentación de eliminar el hecho religioso y que el poder religioso sofoque la necesaria e imprescindible autonomía del poder político. La libertad religiosa propone recrear la relación de modo que dejen de ignorarse mutuamente y dejen de confundir sus competencias; ni nómadas sin ventanas ni hermanos siameses.

Déficit de laicidad

La laicidad en el espacio político se construye en confrontación con varios extremos que la destruyen, debilitan o desvirtúan.

La trasgresión de los límites

La línea, que separa a los Estados modernos de las confesiones religiosas, es tan frágil que ha sido constantemente vulnerada y transgredidos sus límites. Al redactar este escrito, Peter PIOT, director ejecutivo de la Agencia de Naciones Unidas que combate el sida (ONUSIDA) denuncia, en sus declaraciones a *El País*, a los obispos españoles por su declaración de que "es gravemente falso sostener que el preservativo evita el sida". "Se ha demostrado la eficacia del preservativo, aunque es evidente que no es seguro al 100%. Tampoco la fidelidad y la abstinencia son seguros al 100%, apostilla el comisario. Para nosotros es esencial promover el pre-

8 NAVARRO-VALLS, R. "Laicidad y libertad religiosa", en *Alfayomega.com*. nº 226, 21.IX.2000.

servativo para salvar vidas. Pero resulta sorprendente que el Vaticano tenga opinión sobre la calidad del material, de la misma manera que Onusida no tiene competencias teológicas. Una cosa es decir que para reducir el riesgo se puede recurrir a la abstinencia y la fidelidad, lo que nosotros respetamos, y otras distintas es decir que el preservativo no protege. Ciertamente no se sostiene". Toda una lección de laicidad a los obispos por parte de Naciones Unidas.

Cuando la Conferencia Episcopal española califica de "inadmisible" el Plan Ibarretxe porque "altera unilateralmente el ordenamiento jurídico" en función de una determinada voluntad de poder, local o de cualquier otro tipo" ejerce un acto legítimo de oposición política, pero sobrepasa el orden de sus competencias. Esa nota, que según el editorial de *ABC* "merece el elogio de los sectores más sensatos de la sociedad española", es con toda evidencia una intromisión indebida en el foro político, como reconocen algunos obispos.

La uniformidad nacional

Hay una afirmación de la identidad nacional, única y homogénea, que atenta contra el valor de la laicidad. Es aquella representación del Estado que se atribuye una historia compartida, unos valores únicos y unas creencias comunes. En este contexto, la presencia de confesiones organizadas, social y políticamente diferenciadas, es considerada como una grave amenaza para la identidad nacional. La unidad nacional, que se asienta sobre la uniformidad, desaloja todas las instituciones, que según esta visión amenazan la cohesión social. Sólo la asimilación evita la fragmentación y las diferencias culturales.

Hay un déficit de laicidad cuando se achican los espacios para la diversidad en nombre de una presunta unidad nacional, y el Estado deja de ser multiétnico, multilingüe y multireligioso. La cohesión nacional no exige la imposición de una identidad única ni la condena de la diversidad. Son muchos los estados que han acogido a diversos grupos y han ampliado sus libertades culturales sin comprometer ni su unidad ni su integridad territorial (PNUD-Plan de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004, p.50).

La privatización de la religión

La privatización de la religión es una versión de la laicidad que responde al postulado liberal de que sólo existen individuos y derechos individuales. Entre el lugar de lo público, que gestiona el poder, y el lugar de lo privado donde se cultiva el sentido de la vida y la felicidad, no existe ningún intercambio. La religión se instala en el espacio de lo privado y queda como un asunto exclusivo de la conciencia. De este modo, se deja vía libre al pragmatismo. La laicidad neoliberal intenta basarse únicamente en motivaciones de tipo técnico. En el horizonte neoliberal, la invocación a la laicidad acaba en la trampa del pragmatismo, que atiende únicamente los intereses de la conservación y gestión de lo existente.

Tan sólo que la razón política, bajo el principio laico neoliberal, se sujeta a los intereses económicos y a la ingeniería social y desplaza motiva-

ciones y alternativas. Mucho me temo que con la propuesta de que “la religión ha de ser excluida del espacio educativo” excluyamos todo tipo de sabidurías, que dieron motivos y convicciones para orientar la vida y construir un proyecto liberador.

En nombre de la laicidad, la religión ha establecido alianza secular con las clases dominantes. Hoy interesa, en el contexto de la segunda ilustración, recuperar la capacidad de la religión para ser fermento de liberación, tanto al menos como puede ser y ha sido opio ideológico. ¿Se puede pensar en la liberación de los pobres sin la religión?, se preguntan desde Latinoamérica; y se responde que la liberación de los pobres en este mundo globalizadamente neoliberal será religiosa o no será (J.M. VIGIL). Las religiones ofrecen a los pobres de la tierra sentido, visión, autoestima, proyecto, ánimo. Y sobre todo misericordia, justicia, esperanza para la transformación del mundo. Y de este modo, el problema de la laicidad se desplaza desde la relación de la religión con el Estado, a la relación con la sociedad. Y así entra en una etapa radicalmente nueva.

El repliegue en sus respectivas esferas tanto de lo político como de lo religioso empobrece a ambos. Cuando la política se separa de la sociedad y se encierra en un mundo propio, prevalece una fuerte endogamia. El aislamiento de los partidos es la causa de la debilidad y el descrédito de la política, sometidos y dominados por la burocracia y por la fidelidad y obediencia a las cúpulas del partido.

Se olvida la relevancia social de la religión y se confunde lo que es la fe con lo que son las iglesias. Mientras lo primero anida en la privaticidad, lo segundo por el contrario es un hecho público. Es sugerente el argumento que Ramón JÁUREGUI ha recordado al partido socialista: “Muchos de nuestros textos han defendido que la religión es un asunto referido a la intimidad de las personas. Ésta es una idea correcta. Lo que pertenece a la intimidad es la fe, la creencia. Pero la religión es un hecho público. Las religiones están en nuestro paisaje urbano, en el calendario, en la forma de contar el tiempo y en el arte. Y eso requiere una sensibilidad. Eso es lo que yo reclamo al PSOE”.

La laicidad posliberal

La laicidad política vive actualmente la necesidad de superar sus adherencias neoliberales. La legítima voluntad de diferenciar las distintas esferas sociales ha producido un mundo de fragmentos incomunicados y ha dejado a la política sin motivaciones e impulsos utópicos, y a las religiones sin capacidad de transformar la realidad. Este fenómeno ha sido funcional al neoliberalismo, cuyas principales consecuencias han sido la separación entre ética y política, la privatización de la religión y la disolución de las sabidurías históricas.

División de poderes y el arte de la separación

La laicidad como la tolerancia, su indefectible compañera, nace como disolvente de todo monopolio y alcanza su sentido emancipador como un

contrapoder. La historia humana ha conocido un sin fin de monopolios, que en cada momento resultan dominantes: la fuerza física, el prestigio familiar, el carisma religioso, el poder militar, el cargo político, la propiedad territorial, el capital, el conocimiento técnico.

Frente a ellos, la laicidad crea espacios de libertad en la medida que limita el poder de cada uno de esos bienes y erosiona la concentración de poder en pocas manos, al modo de disolvente.

La laicidad nace para limitar los dogmatismos y absolutismos, mediante el arte de la separación. Cuando se diferenció la Iglesia y el Estado nació la libertad de conciencia y la libertad académica: nadie está por encima de la conciencia. La diferenciación entre público y privado originó la creación de la privacidad. La diferenciación en el ámbito religioso originó la libertad de conciencia: nadie está por encima de la conciencia, tanto si la conciencia es verdadera como si es falsa. La diferenciación en el ámbito político originó la creación de la vida democrática. La diferenciación entre la verdad y la opinión generó la ciencia.

Cuando se rompe el límite, hay un déficit de laicidad; cuando un Gobierno impide que una Academia de la Lengua emita un dictamen sobre el nombre de la lengua, se pierde la laicidad ya que se somete un dictamen científico a una línea política. Cuando se ejerce el poder de manera absolutista y se impone una posición ideológica por encima de los intereses generales hay un déficit de laicidad.

Crear puentes

Una vez conseguida la desvinculación entre política y religión, que fue el mérito indiscutible de la laicidad burguesa, la tarea hoy es reabrir avenidas y pasarelas entre ambas e impedir que se vuelvan endogámicas. La conectividad y conexión es hoy un imperativo, que debe andarse. Si algo importa hoy es identificar las formas actuales de conexión y los puntos de intersección. La realidad necesaria hoy son los procesos hibridadores por la interacción entre ambas realidades.

Estructurar campos disciplinarios fue, en los siglos XVIII al XX, como trazar calles y ordenar territorios autónomos en un tiempo en que había que defender la especificidad de cada saber frente a las totalizaciones teológicas y filosóficas. Pero las disciplinas se entusiasmaron con esta labor urbanística y, por razones de seguridad, comenzaron a clausurar calles e impedir que sirvieran para lo que originalmente se construyeron: circular fácilmente y pasar de un barrio a otro.

La primera conexión se produce ya, de hecho, a través de múltiples alianzas. La religión influye en el voto, orienta el comportamiento, impregna las actitudes políticas, difunde moral e ideología y orienta y vivifica el quehacer político.

La política por su parte va a la búsqueda de valores y con frecuencia encuentra en las tradiciones religiosas aliento y estímulo. La oposición tradicional entre lo espiritual y lo temporal, que sirvió para establecer el ámbito de la laicidad en el siglo XIX, ha sido desplazada por la relación entre política y valores. Si la relación entre lo espiritual y lo temporal per-

mitía establecer una frontera entre ambos, aunque fuera incierta; la relación entre política y valores es absolutamente inseparable. La problemática anterior era la necesaria frontera entre religión y política; ahora, por el contrario, es la mutua penetración, si no se quiere que la religión se quede sin capacidad de transformar y la política sea un ejercicio ciego.

Política y espiritualidad

La política no puede basarse en motivaciones meramente técnicas, sino que necesita motivaciones reales, sustanciales, afirma el filósofo francés Luc FERRY. El desafío hoy consiste en "relacionar espiritualidad y política, algo contracultural en el país y nuestro tiempo", afirma Fernando VIDAL. Una espiritualidad entendida como conjunto de disposiciones y principios que nos permiten relacionarnos experiencial y sentidamente con los acontecimientos. Es una sabiduría que permite la apertura de los sujetos a los acontecimientos. La cultura política necesita una espiritualidad que abra todos sus patrones a la apelación de los acontecimientos. Una espiritualidad que significa lo contrario de una religión política. "Mientras la espiritualidad busca apelación, la religión política busca legitimación. La primera necesita de disposiciones que permitan al político permanecer sensible y atento a los acontecimientos. Ser espiritual es buscar la verdad más allá incluso de nuestras racionalidades y narraciones, dejarse sorprender, no cerrar los discursos, pasar, como dice Ramón JÁUREGUI, de tener una lengua de madera a una lengua viva en constante diálogo con los acontecimientos".

La política no puede basarse en motivaciones meramente técnicas, sino que necesita "la mística de lo humano", la experiencia radical del valor y dignidad de los seres humanos

La espiritualidad en política sería aquel modo de relación que permite al político mantener un diálogo experiencial con/en los acontecimientos, una permanente apertura a la apelación de los hechos, amor por los hechos, que es fuente de renovación de sus discursos y de los patrones de su cultura política: dejar ser real a la realidad.

La política con espiritualidad significa regirse por "la mística de lo humano", que es la experiencia radical del valor y de la dignidad de los seres humanos simplemente en cuanto tales, y no en cuanto pertenecientes a una etnia, país o grupo; como afirma GONZÁLEZ FAUS, "el fondo del problema de la laicidad es, no la fe en Dios sino la fe en el hombre"⁹. Lo cual implica necesariamente la mística del bien común, en función de la convivencia de todo un pueblo que integra a creyentes y no creyentes y crea las condiciones para esa convivencia, como un valor no único pero sí supremo. Un bien común que no puede ser apropiado por razones económicas ni por simples mayorías sociológicas del 51% frente al 49%.

9 GONZALEZ FAUS, J.I. *La difícil laicidad*. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2005.

III. LA CONSTRUCCIÓN INTERCULTURAL DE LA LAICIDAD

La tercera dimensión de la laicidad se construye en referencia a la sociedad multicultural y plantea el papel de la religión, de la cultura y de las ideologías en la construcción de un mundo diverso y plural. De una u otra manera, todos los países son sociedades multiculturales, compuestas por grupos identificados según etnia, religión, lengua y raza, y unidos por una herencia, cultura, valores y estilos de vida en común. Así lo entendió el Presidente francés, Jaques CHIRAC, en su discurso sobre el "Respeto al principio de Laicidad en la República francesa" con motivo de la llamada cuestión del velo. Constata en su discurso que "las fronteras se difuminan y los intercambios se multiplican... la diversidad constituye un elemento central de nuestra identidad... Diversidad de credos, en esta vieja tierra de cristiandad en la que también ha echado raíces una tradición judía de cerca de dos mil años; tierra de catolicismo que ha sabido superar los desgarros de las guerras de religión y reconocer por fin, antes de la Revolución, a los protestantes el lugar que les corresponde; por último, tierra de apertura a tradiciones musulmanas que constituyen una parte integrante de nuestra Nación". El presidente francés es consciente de que el principio de laicidad se enfrenta a un nuevo desafío.

En el contexto multicultural, la laicidad se identifica con la libertad cultural, que permite a la gente vivir de acuerdo con sus preferencias, escoger entre opciones disponibles y ampliar las alternativas para ser y hacer aquello que valoran en la vida así como resistir a la influencia de una cultura mayoritaria sobre las minoritarias. "En la agenda para el desarrollo humano del siglo XXI, ampliar la libertad cultural es un desafío importante y con frecuencia dejado de lado", se lee en el Informe sobre Desarrollo Humano 2004 (PNUD 2004 p.26).

La nueva laicidad intercultural significa fomentar la libertad de elegir el propio modo de vida entre diversas opciones culturales

La promoción de la diversidad y la expansión de las opciones culturales de la gente son los valores de la nueva laicidad intercultural, que en positivo, significa fomentar la libertad cultural y la capacidad de elegir el propio modo de vida no sólo en los "estados multiétnicos" sino en todos los países ya que ninguno de ellos es totalmente homogéneo. Una sociedad laica es aquella que aumenta y amplía las capacidades humanas al posibilitar la libertad para escoger el modo de vida propio entre diversas opciones culturales. Y si la gente opta por alguna alternativa cultural debe gozar del respeto de los demás, no debe ser castigada por ello ni verse obligada a renunciar a otras opciones como puestos de trabajo, participación política y las restantes oportunidades.

En negativo, la laicidad se opone a la exclusión basada en el modo de vida, en elementos étnicos, raciales, sexuales, religiosos. Se opone igualmente a la tiranía o imposición de una identidad que alguien no elige y, al dominio cultural que elimina las diferentes expresiones culturales.

¿Cómo vivir la laicidad en el interior del pluralismo cultural como ampliación de las opciones vitales y de la libertad de escoger el modo de

vida que uno considere deseable? ¿Qué aporte puede hacer la laicidad a la construcción de una sociedad plural, multiétnica, intercultural que irrumpe hoy en todos los escenarios de la vida personal y social?

La trama mestiza de la vida

El pluralismo cultural constituye la trama misma de la vida social¹⁰; cada ser humano es el resultado de romper tabiques en nuestro interior, un espacio de intersección entre distintas tradiciones culturales, una especie de conglomerado de civilizaciones y de tradiciones. Somos identidades múltiples. Sólo una identidad muerta es una identidad fija. Vivimos el constante encuentro con lo que no somos. Las otras fes, las otras historias, los otros sueños son también los míos. Si auscultamos en nosotros mismos nos percibimos habitados por distintas voces culturales.

A causa de la movilidad social, que ha transformado a los seres humanos de sedentarios en transeúntes, dejamos de estar domiciliados en moradas fijas y estables para convertirse de nuevo en nómadas. El 80 % de ciudadanos no viven donde nacieron. Traspasar las fronteras es el nuevo estatuto de la ciudadanía¹¹. Si miras hacia España la ves como celtibera, fenicia, griega, romana, musulmana, judía, cristiana, goda. La diversidad y el mestizaje es el estado natural de lo social o, como dice SARTORI, "el código genético de la sociedad abierta"¹². No existe la pureza lingüística, sexual, culinaria u onírica. La ciudad policultural ya está aquí con nosotros.

Todo lo que producen los seres humanos está felizmente contaminado, incluso aquello que podría invocar un mayor grado de pureza y autoreferencialidad, como es la ciencia, el lenguaje o la religión. La ciencia, las lenguas y las religiones han sido violadas y transgredidas y mezcladas de manera constante.

Déficit de laicidad

La laicidad, en este contexto multicultural, se construye entre varios extremos que la destruyen, debilitan o desvirtúan.

El repliegue cultural

En primer lugar la laicidad intercultural se opone a lo que el Informe de Desarrollo Humano 2004, llama **la visión parroquial**, que somete a una sociedad al repliegue en las tradiciones heredadas, simplemente por ser heredadas. Cada persona vive y muere en su espacio cultural sin capacidad de optar por otro mundo de vida. La ausencia de diversidad cultural es la muerte de la laicidad.

10 CAPRA. F. *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama. Barcelona 1998.

11 RUIS OLABUENAGA, ARISTEGUI VICENTE TORRADO. "La sociedad migrante", en *El extranjero en la cultura europea de nuestros días*, en Universidad de Deusto, Bilbao 1997; RUIZ OLABUENAGA, *Inmigrantes*, Acento, Madrid 2000.

12 SARTORI, G. *Pluralismo, multiculturalismo e estranei*. Rizzoli, Milano 2000 p.17.

El repliegue o el agrupamiento en comunidades produce frecuentemente la exaltación de las especificidades que consagran la discriminación y la confrontación. Las sociedades estructuradas en torno a comunidades suelen ser víctimas de desigualdades inaceptables, que empobrecen las opciones vitales. La laicidad se enfrenta a esta situación como algo contrario a los principios del mérito, del talento y de la igualdad de oportunidades.

La laicidad en una sociedad plural es también un dique contra el monopolio de una cultura por encima de otras, de una opción política por encima de otras. Invocar la tolerancia en la construcción de una sociedad intercultural significa aludir a un contrapoder que limita la prepotencia de una cultura sobre el resto. Lo cual tiene la máxima actualidad, ya que existen culturas que se atribuyen a sí mismas la omnipotencia, el dominio sobre todas las demás.

Hay una pérdida de laicidad allí donde existe dominio de una cultura sobre otras o se produce la uniformidad de las culturas o la destrucción sistemática de las culturas locales. En el contexto español, esta solución viene propuesta por ciertas opciones ideológicas que desean y proponen una España uniforme, de espaldas al pluralismo social, cultural y religioso.

El conflicto de civilizaciones

Si la diversidad cultural es inevitablemente conflicto, desencuentro y lucha, la laicidad pierde su sentido ya que propone que es posible relacionarse desde la cooperación, la tolerancia y el diálogo. La clasificación de unas civilizaciones como tolerantes, permisivas y pluralistas, y las otras

Hay una pérdida de laicidad allí donde existe dominio de una cultura sobre otras o se produce la uniformidad de las culturas o la destrucción de las culturas locales.

como autoritarias, violentas y menos indulgentes olvida dos cosas esenciales: que la historia produce inevitablemente interacción entre distintas culturas y no es posible establecer una clara distinción entre

una historia occidental de tolerancia y otra de despotismo no-occidental. Ambos extremos han coexistido abundantemente en el interior de ambas civilizaciones. Asimismo olvida las diferencias que existen en el interior de cada cultura ya que no son realidades monolíticas.

Las diferencias culturales o étnicas, que frecuentemente se presentan como responsables principales de los conflictos, se invocan para desviar la atención hacia otros factores de índole económica y política.

El conflicto de civilizaciones ha desplazado la preocupación por la igualdad y la justicia a la preocupación por la cultura. Hay un culturalismo que oculta y desplaza los problemas más reales. Con frecuencia, la invocación a la laicidad encubre la *desigualdad* y oculta que el Norte no está dispuesto a ceder nada ni a renunciar a nada de su estatus de vida, en función de la justicia global.

La tolerancia laica, que impide o debilita el compromiso solidario con los desposeídos, los postergados y las víctimas de la intolerancia, es simplemente un dispositivo legitimador. Es intolerable aquello que destruye la cuota de justicia a la que cada uno tiene derecho individual y social.

Esta versión de la globalización cultural compromete gravemente el sentido emancipador de la laicidad, al encubrir la indiferencia y las desigualdades. Laicidad multicultural y globalización económica neoliberal se necesitan mutuamente. En nombre de una sociedad laica y tolerante, se consagra la arbitrariedad del mercado; en nombre de la tolerancia, se consagra el individualismo posesivo; en nombre de la tolerancia, se consagra las grandes concentraciones de poder político, económico, informativo.

La laicidad funcional a los intereses dominantes es una renuncia a toda convicción y equivale a desafección de los grandes proyectos colectivos. La tolerancia se identifica con la apoteosis del nihilismo moderno: todos los valores se conmutan, todas las culturas valen lo mismo y son equivalentes. De este modo, la tolerancia equivale a pasividad frente a los hechos que exigen de nuestra parte una respuesta activa y encubre la desmovilización, la ausencia de militancia, el debilitamiento del compromiso ya que cada uno puede pensar y actuar a su gusto, de modo que asisten tantas razones a los que invadieron Irak como a los que se resistieron a ello.

Cuando se debilita la frontera entre lo justo y lo injusto, sólo queda el uso del poder. Cuando no sabemos si la guerra de Irak es justa o injusta, sólo queda el Imperio, como ha sucedido.

El uso privado de la razón

Asistimos hoy a la dimisión del uso público de la razón, cuyo mayor exponente son las tertulias como sacramental de la nueva cultura laica y los tertulianos como sus grandes sacerdotes: basta tener músculos para opinar, belleza para pontificar y éxito social para crear opinión. ¿Dónde queda el principio de diferenciación? Si el teólogo debe hablar sólo de cómo se va al cielo y callar acerca de cómo va el cielo (segunda versión de la laicidad), ¿quién puede entender que en tiempos de reivindicación laica los grandes creadores de opinión sean los Grandes Hermanos, los deportistas de élites o las modelos de pasarelas?; no importa el valor de lo dicho sino el mero hecho de decirlas: ya no hay que contraponer unas a otras, sino yuxtaponerlas una tras otra, mientras sale la publicidad. Se produce un clima de máxima tolerancia, cuando realmente lo que se produce es la completa dimisión del sujeto civil. "Cada uno tiene su opinión", proclaman los tertulianos y se olvida que el respeto es a la persona pero no a la opinión. Cuando decimos "ésta es tu opinión" y abandonamos de ese modo la búsqueda de una mayor verdad, hacemos dejación de la razón. Si todas las opiniones valen, no vale ninguna.

En consecuencia, no es suficiente postular, como hace el *Manifiesto de Barcelona por la Laicidad*, "el respeto para con todas y cada una de las expresiones filosóficas y espirituales, sin imposiciones, favoritismos, exclusiones ni hegemonismos por parte de ninguna escuela de pensamiento o grupo particular". Es necesario añadir que su valor depende de su capacidad de argumentar y decir verdad mediante el uso público de la razón como el auténtico ejercicio de laicidad.

La laicidad intercultural

En el interior de estos desafíos se construye la laicidad intercultural que lleva el imperativo de la libertad cultural al corazón mismo de la conciencia social y política, que se despliega en compromiso tolerante, uso público de la razón e interculturalidad.

Laicidad y compromiso

¿Se puede recrear la tolerancia desde la perspectiva emancipatoria en el contexto de una sociedad plural? Hace ya cuarenta años, con ocasión del proceso contra Eichman, Hannah ARENDT dejó sentado que al criminal –como a tantos hombres “terroríficamente normales”– le aquejaba la falta de reflexión para distinguir lo bueno y lo malo. Por eso nos previno contra ese fenómeno contemporáneo que es “la tendencia a rechazar el juzgar en general. Se trata de la desgana o incapacidad de relacionarse con los otros mediante el juicio (...) En eso consiste el horror y, al mismo tiempo, la banalidad del mal”.

Si la laicidad multicultural se identificó con neutralidad, le corresponde a la cultura intercultural promover una cultura laica capaz de aunar el compromiso con el respeto, la convicción con la tolerancia. Esta operación es cada vez más urgente en la medida que la globalización neoliberal y el pensamiento único no sólo ha vaciado a la laicidad de sentido crítico y emancipador, sino que la ha convertido en la condición necesaria para su supervivencia.

La laicidad no es indiferencia ni tampoco neutralidad. No se debe soportar pasivamente el reguero de muertes que causa la inmigración: ni los 20 millones de refugiados que va dejando la intolerancia. Estos hechos no exigen de nosotros el uso de la neutral laicidad, sino el ejercicio del coraje y del compromiso.

No hay por qué valorar lo mismo las culturas que desprecian y conculcan sistemáticamente los derechos humanos. “Los problema que afectan a la dignidad humana admiten muy poca tolerancia”¹³.

Multiculturalismo e interculturalidad

El ideal laico ya no puede ser la neutralidad ni la indiferencia sino el reconocimiento de las identidades culturales como sabidurías que enriquecen lo humano y reconoce en el intercambio un hecho positivo y enriquecedor¹⁴. La grandeza de la cultura es ser polifónica y la cacofonía es la negación misma de la cultura. “Las culturas se influyen unas a otras. Las culturas perecen en el aislamiento y prosperan en la comunicación”¹⁵ (Carlos FUENTES).

Nos encontramos ante dos modos de producción de la laicidad: la multicultural que supone la fragmentación, heterogeneidad e incomunicación entre las culturas y la intercultural que implica relaciones de negociación, conflicto y préstamos recíprocos.

13 MARINA, J. A. *Crónicas de la ultramodernidad*. Anagrama, Barcelona 2000.

14 BAUMANN, G. *El enigma multicultural*. Paidós, Barcelona 1999.

15 FUENTES, C. *En esto creo*. Seix Barral, Barcelona 2002.

Mientras el multiculturalismo postula la simple yuxtaposición de culturas y el aislamiento de cada civilización, la cultura laica intercultural es una opción civilizadora, que no sólo respeta los derechos individuales de las personas sino también el reconocimiento de las identidades culturales. Lo primero conlleva el principio de universalización de los derechos subjetivos; lo segundo, el principio de diferenciación de los modos culturales; el respeto a la identidad irreplicable de cada individuo, independiente de su sexo, raza o etnia, y el respeto de aquellas formas de vida o tradiciones en las que se reconocen los miembros de un grupo. Reconocimiento e identidad son los dos polos de una nueva laicidad que afirma que los derechos de las culturas pueden inter-afectarse, aportándose cosas valiosas y criticando o eliminando cosas nocivas¹⁶.

La inclusión social

La laicidad, como autoridad de conciencia, libertad religiosa y diversidad cultural es un medio esencial para mejorar las condiciones de vida de las personas, promover la paz social y aumentar las capacidades personales y sociales. La negación de la laicidad puede generar privaciones importantes y empobrecer la vida de la gente; su afirmación, por el contrario, es una condición de la libertad humana, una fuente de enriquecimiento social y una ampliación de experiencias humanas como consecuencia de la diversidad.

Multiculturalidad supone fragmentación, heterogeneidad e incomunicación. Interculturalidad implica negociación en el conflicto y préstamos recíprocos

Pero sobre todo, su autenticidad le vendrá dada por sus capacidad de ampliar el "nosotros" humano. La laicidad es la condición política de la inclusión; cuando un Estado se plantea ser más inclusivo, amplía su compromiso con la laicidad. Lo cual sólo es posible si, como advirtió Theodoro ADORNO, "deja hablar al dolor como condición de toda verdad". La *centralidad del sufrimiento* es lo que puede superar la versión burguesa, liberal y multicultural de la laicidad. La memoria del sufrimiento del otro es la base moral, política y religiosa de la laicidad. La autoridad de la silla vacía y el que no está sentado en la mesa tiene la clave y la autoridad de la laicidad. Como afirma Agnes HELLER, "la silla vacía espera al Mesías y mientras la silla esté ahí, emite bramidos y admoniciones, incluso patéticos, para que se le tenga en cuenta. Todo el resto es pragmatismo". La cuestión hoy no es saber si la laicidad es buena o es mala, sino saber si la política democrática moderna se realizará bajo la constelación de la silla vacía, o si en nombre de la modernidad, se deberá renunciar a esta prioridad¹⁷.

Cuando la laicidad gira en torno a los intereses de la sociedad de la abundancia, responde a los intereses de las clases medias. Cuando gira en torno a los últimos y excluidos, escucha el hambre y la sed de justicia.

¹⁶ BEUCHOT, M. "Pluralismo cultural, analógico y derechos humanos", en AA.VV. *El discurso intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid 2002.

¹⁷ METZ, J.B. *Jahrbuch Politische Theologie*, vol 2. *Bilderverbot*, en RAINER, M. Y JANSSEN. H-G., Münster 1997.

Últimos números publicados

- 1997 192: Desafíos al cristianismo en el cambio de siglo
1998 193: Ecología y Religión
194: La experiencia cristiana en el mundo actual
195: Puentes de diálogo: cristianismo y cultura actual
196: Medios de comunicación social, Democracia e Iglesia
1999 197: Derechos humanos y deberes de la Fraternidad
198: Jubileo 2000
199: Globalización: ¿podremos vivir todos?
200: Iglesia del futuro, futuro de la Iglesia
2000 201: El futuro del mundo y el mundo del futuro
202: Educación de la ciudadanía y religión cristiana
203: Qué anuncio de Dios, hoy
204: La empresa: mismos desafíos, nuevos derroteros
2001 205: Los retos de las migraciones
206: Después de la muerte
207: Cristianismo y Tercera Vía
208: Actualidad del diálogo interreligioso
2002 209: Conflicto internacional y factor religioso
210: Relevancia actual de Jesús de Nazaret
211: Individualismo propietario y justicia social
212: Opinión pública y toma de decisiones en la Iglesia
2003 213: Crisis de la política
214: El pontificado de Juan Pablo II
215: Genética, Ética y conciencia cristiana
216: El cuerpo
2004 217: La familia
218: Pertenencia y libertad
219: El (des)orden mundial
220: Narración y comunicación de lo religioso

Precio de los ejemplares:**Números atrasados:**

- Hasta el nº 191: 4
Desde el nº 192: 6

Colección completa:

(ver el índice en www.iglesiaviva.org. Los agotados de sirven en fotocopia)

220 números -a 1.80 - **396** (más gastos de envío)

(Para completar colecciones, se harán ofertas a precios muy reducidos, parecidos al de colección completa)

Suscripción:

- Suscripción 2005 (y obsequio del 2004): 42
Suscripción 2005 (y números 192-220): 120

Pedidos a:

IGLESIA VIVA: Apdo. 12.210 - 46080 Valencia
Tel. 96 3622532 - Fax 96 3616540
E-mail: revista@iglesiaviva.org

Más información y formulario en: www.iglesiaviva.org